Mi madre se estremeció y me miró fijamente.

—¿Estás loco? ¡Dar cincuenta céntimos á ese hombre, á ese miserable!...

La contuvo una mirada de mi padre que señalaba al yerno.

Callamos todos.

Ante nosotros se veía como una sombra violácea que parecía surgir del mar. Era Jersey.

Cuando llegamos junto á los muelles, sentí una comezón invencible de ver de nuevo á mi tío Julio, de acercarme á él, de decirle algo consolador.

Pero como ya nadie comía ostras, había desaparecido y estaba sin duda en el fondo de la bodega infecta, bastante buena para un miserable de su laya.

Al volver tomamos el vapor de Saint-Malo, para no encontrarnos con él. Mi madre estaba verdaderamente inquieta.

¡Nunca he vuelto á ver al hermano de mi padre! He ahí por qué algunas veces verás que doy un duro á los vagabundos. DE VIAJE

DE VIAJE

A Gustavo Toudouze.

El vagón estaba lleno desde Cannes; se hablaba; todos nos conocíamos. Al pasar por Tarascón alguien dijo:

-Aqui es donde se asesina.

Y se empezó á hablar del misterioso é incogible asesino que, desde hace dos años, se da, de cuando en cuando, el gustazo de quitar la vida á un viajero. Todos hacíamos suposiciones y decíamos nuestro parecer; las mujeres miraban temblorosas las tinieblas que reinaban al otro lado de los cristales, temiendo ver aparecer de pronto una cabeza de hombre por la ventanilla. Y se empezaron á contar casos aterradores de malos encuentros, de encuentros con un loco dentro de los compartimientos de

un rápido, de horas pasadas enfrente de un hombre sospechoso.

Todos los hombres contaban una anécdota que les favorecía, todos habían intimidado, derribado y agarrotado algún malhechor en circunstancias sorprendentes, con una presencia de ánimo y una audacia admirables. Un médico que pasaba los inviernos en el Mediodía, quiso contar, á su vez, una aventura.

—Yo no he tenido ocasión de probar mi valor en una aventura de tal género; pero he conocido una mujer, una de mis clientes, á la que ocurrió la cosa más singular del mundo, y al propio tiempo la más misteriosa y enternecedora.

Era una rusa, la condesa María Baranow, una gran señora de sorprendente belleza. Ya sabe usted cuán bellas son las rusas ó por lo menos cuán bellas nos parecen con su nariz fina, su boca delicada, sus ojos poco apartados unos de otros, de color indefinible, de un azul gris, y su gracia fría y un tanto dura. Tienen algo de dañino y seductor, de altanero y suave, de tierno y severo, avasallador para un francés. Quizá, en el fondo, únicamente hay que atribuir á la diferencia de raza y de tipo mi admiración por ellas.

Su médico hacía años que la consideraba amenazada de una enfermedad de pecho y procuraba que viniera al Mediodía de Francia; pero ella se negaba á salir de San Petersburgo. Por fin, el último otoño, juzgándola perdida, el doctor previno á su marido, que la ordenó que marchara á Mentón.

Tomó el tren y estaba sola en su departamento, pues sus criados ocupaban otro. Estaba junto á la portezuela, algo triste, mirando campos y pueblos, sintiéndose aislada, abandonada en la vida, sin hijos, casi sin parientes; con un marido cuyo amor había muerto y que la enviaba al extremo del mundo sin acompañarla, como se envía al hospital un criado enfermo.

A cada estación su criado Iván acudia á preguntar si su ama necesitaba algo. Era un viejo servidor, ciegamente adicto, dispuesto á cumplir todas las órdenes que ella le diera.

Anocheció. El tren corría á toda velocidad. La condesa no podía dormir, sobreexcitada, nerviosa. De pronto se le ocurrió contar el dinero que su marido le había entregado á última hora en oro francés. Abrió la maletita y vació en su falda la reluciente cascada de metal.

De súbito un soplo de aire helado azotó su cara.

Sorprendida, levantó la cabeza. La portezuela acababa de abrirse. La condesa María, despavorida, echó un chal sobre el dinero y esperó. Transcurrieron unos segundos y luego apareció un hombre descubierto, herido en la mano, jadeante, con traje de etiqueta. Cerró la puerta, se sentó, miró á su vecina con ojos relucientes y después se envolvió la muñeca de la que manaba sangre.

La joven estaba medio muerta de espanto. De fijo que aquel hombre había visto como contaba el oro y había entrado para robarla y matarla.

La miraba fijamente con las facciones convulsas, jadeante, dispuesto sin duda á saltar sobre ella.

Le dijo bruscamente:

-No tenga usted miedo, señora.

No contestó, pues se sentía incapaz de abrir la boca, oyendo como le latía el corazón y le zumbaban los oídos.

-No soy un malhechor, señora-dijo el intruso.

La condesa no decia nada; pero haciendo un movimiento brusco se juntaron sus rodillas y el oro cayó de la falda como el agua cae por una canal.

El desconocido miró con sorpresa aquella lluvia de metal y de pronto se bajó para recogerla.

Ella, despavorida, se levantó arrojando al suelo

toda su fortuna, y se lanzó á la ventanilla con intención de precipitarse á la vía. Pero él comprendió lo que iba á hacer y acudiendo á tiempo la cogió entre sus brazos, la hizo sentar á la fuerza y sujetándola por las muñecas, dijo: «Escúcheme usted, señora; no soy un malhechor y la prueba de ello es que voy á recoger este dinero y devolvérselo. Pero estoy perdido, soy hombre muerto, si no me ayuda usted á pasar la frontera. No puedo decirle más. Dentro de una hora llegaremos á la última estación rusa, dentro de una y veinte salvaremos la frontera. Si no me auxilia usted, estoy perdido. Y, sin embargo, señora, no he matado, ni robado ni cometido ninguna acción deshonrosa. Se lo juro. No puedo explicarme más».

Y poniéndose de rodillas recogió todas las monedas de oro, buscando hasta las que podía haber debajo de los asientos. Luego, cuando el saquito estuvo lleno otra vez, lo entregó á su vecina sin decir palabra y volvió á sentarse en el otro extremo del departamento.

Ni uno ni otro se movían. Ella estaba aún temblorosa de miedo, aunque tranquilizándose poco á poco. En cuanto á él no hacía un gesto, un movimiento; estaba erguido, con la mirada fija enfrente

El abandonado-10

de é!, muy pálido, como si estuviera muerto. De cuando en cuando la condesa le echaba una ojeada. Era un hombre de unos treinta años, muy guapo, con todas las apariencias de un hidalgo.

El tren corría entre las tinieblas, lanzando entre el silencio sus llamadas desgarradoras, moderaba á veces su marcha y volvía á partir á toda velocidad. De pronto calmó su paso, silbó muchas veces y se detuvo en firme.

Iván apareció en la portezuela á fin de tomar órdenes.

La condesa María, con acento tembloroso, y después de mirar una vez más á su raro compañero, dijo á su servidor en tono brusco:

-Vuelve al lado del conde, Iván; ya no te necesito.

El criado, sorprendido, dilataba los ojos. Balbuceó:

-Pero... Carina...

—No, no vendrás conmigo; he variado de idea. Quiero que permanezcas en Rusia. Toma, aquí tienes dinero para la vuelta. Dame tu gorra y tu capa.

El viejo criado, aun estupefacto hizo lo que se le mandaba y entregó su gorra y su capa, acostumbrado á obedecer sin replicar, habituado á las súbitas voluntades é irresistibles caprichos de sus dueños. Y se alejó casi llorando.

El tren volvió á partir en demanda de la frontera. Entonces la condesa María, dijo á su compañero de viaje:

Esto es para usted, caballero; es usted Iván, mi criado. No impongo más que una condición á lo que hago: es que no me hable usted; que no me diga una palabra, ni para darme las gracias siquiera.

El desconocido se enclinó en silencio.

Pronto se detuvo el tren de nuevo, y los gendarmes visitaron el tren. La condesa les alargó los pases, y señalando el hombre que estaba sentado en el extremo del departamento, dijo:

-Es mi criado Iván, cuyo es este pasaporte.

El tren corrió otra vez.

Durante toda la noche permanecieron solos, callados ambos.

Al llegar la mañana, cuando el tren se detenía en una estación alemana, el desconocido bajó. Luego, de pie en la portezuela:

—Perdóneme usted, señora,—dijo—si quebranto mi promesa; pero la he privado de su criado y es justo que le reemplace. ¿Nada necesita usted? La condesa contestó con frialdad:

-Vaya usted á buscar á mi camarera.

Fué y desapareció.

Cuando la condesa entraba en algún restauran, le veía á distancia, contemplándola. Llegaron a Mentón.

11

El doctor calló unos momentos y añadió:

—Un día, á la hora de la visita, vi entrar á un joven robusto que me dijo:

—Vengo para pedirle noticias de la condesa Maria Baranow. Aunque ella no me conoce, soy amigo de su marido.

Le contesté:

—No hay remedio para ella. No volverá á Rusia. Aquel hombre rompió bruscamente en sollozos, y salió tambaleándose como un borracho.

Aquella misma tarde dije à la condesa que un desconocido me había preguntado por ella. Pareció conmoverse, y me contó lo que acabo de relatarles, añadiendo:

-Este hombre, à quien no conozco, me sigue

ahora como si fuera mi sombra; le hallo cada vez que salgo, y me mira de un modo raro, pero no me ha dirigido nunca la palabra.

Reflexionó y repuso:

—De fijo que está bajo mis ventanas.

Se levantó del sillón, apartó las cortinas y me mostró al desconocido, que estaba sentado en un banco y miraba á las ventanas del hotel. Al vernos se levantó y se alejó sin volver la cabeza ni una vez siquiera.

Entonces asistí á un espectáculo sorprendente y doloroso: al del amor mudo de aquellos dos seres que no se conocían.

El la amaba con el reconocimiento de un animal salvado, agradecido y fiel hasta la muerte. Cada día acudía á preguntarme: «¿Cómo está?» comprendiendo que yo había adivinado su secreto. Y lloraba con desconsuelo al verla cada vez más pálida y débil.

Ella me decia:

—Sólo he hablado una vez á ese hombre y me parece que hace veinte años que le conozco.

Cuando se encontraban, la condesa le devolvía el saludo con sonrisa grave y encantadora. Adivinaba yo que se sentía dichosa, ella tan abandonada y

moribunda, de verse amada de aquel modo, con tal respeto y constancia tanta, con aquella poesía exagerada, con aquella fidelidad á toda prueba. Y, sin embargo, obstinada y exaltada, negábase á recibirle, á saber su nombre, á hablarle: «No, no, decía; esto echaría á perder nuestra rara amistad. Es preciso que permanezcamos alejados uno de otro.»

Por lo que á él hace debía ser una especie de Don Quijote, porque nada hizo para acercarse á ellat Quería mantener hasta el fin la promesa de no hablarle que le hiciera en el vagón.

A menudo durante sus largas horas de debilidad, se levantaba del sillón para entreabrir las cortinas y ver si estaba mirando á sus ventanas. Y cuando le había visto, inmóvil como de costumbre, en el banco, volvía á sentarse sonriendo.

Murió una mañana á las diez. Al salir yo del hotel, se me acercó con las facciones trastornadas. Ya sabía la noticia.

-Quisiera verla un instante, delante de usted.

Cogí su brazo y entramos en la casa.

Cuando estuvo ante la difunta le cogió la mano y la besó con beso interminable; después se alejó como un insensato.

El doctor calló de nuevo y añadió:

—Les aseguro que es la más rara aventura de ferrocarril que he sabido. Hay que confesar que los hombres somos entes bien estrafalarios.

Una mujer murmuró á media voz:

-Esos dos seres eran menos locos de lo que usted cree... Eran... eran...

Pero las lágrimas no la dejaron continuar. Y como se cambió de conversación para tranquilizarla, no se supo lo que quería decir.

EN BRETANA